



Fig. 181. — Marfil de imitación egipcia encontrado en Nínive. (Museo Británico).

decoración, que no sólo se aplicaba al interior de las cámaras, sino también en las fachadas exteriores (figs. 178 y 179). Es importante estudiar esta industria en su evolución al través de las edades; más adelante la encontraremos floreciente en Persia; de los imperios del Asia la aprenden los árabes para darla á conocer en Europa.

La glíptica y vidriería fueron también conocidas, aunque no llegaron á tener el desarrollo que en Egipto. Los objetos encontrados en los palacios reales de Kuyundjick y Khorsabad están desmenuzados por completo. Asiria tampoco posee aquellas necrópolis reales que en Egipto han sido para nosotros una mina de tesoros. Tanto en Caldea como en Asiria falta la tumba monumental; el cadáver, sin ningún ajuar funerario, era encerrado en una tosca vasija de cerámica. Así, pues, no es de extrañar que sean tan escasos los vidrios, las joyas, las armas y los muebles, que sólo podrían encontrarse entre las ruinas cien veces saqueadas de los palacios reales. Muchas veces, en estas artes menores, los artistas asirios no pudieron desvanecer la sugestión que en ellos producían los modelos y tipos originarios del Egipto, que fué indudablemente el viejo maestro de todos los pueblos de la antigüedad (fig. 181).

RESUMEN. — El viejo arte caldeo, con pocas variaciones, produjo los edificios reales de la Asiria. Un primer templo asirio fué el de la primitiva capital, Assur, cuando la Asiria no era más que una provincia de Babilonia. El templo de Assur tiene dos *cellas*, un culto doble con dos zigurats ó pirámides escalonadas de tres pisos. Los palacios reales de Asiria están construídos sobre un terraplén de ladrillos sin cocer. El más antiguo era el de Kalaah, que los árabes llaman hoy Nimrod, al Norte de Assur. Más septentrional todavía era la última capital ó Nínive, cerca de la población moderna de Mossul. En Nínive, además del palacio de la ciudad, hoy llamado Kuyundjick, había el palacio extramuros de Sargón ó Khorsabad. Todos estos palacios tienen un recinto de paredes gruesas de ladrillo sin aberturas; sus puertas están decoradas con un basamento con relieves de leones alados. Las cubiertas son de bóveda, y su laberinto de salas parece distribuirse, en los cuatro lados de un patio, en tres grandes grupos, uno para los servicios religiosos, inmediato á un zigurat, otro para habitación y otro para dependencias. Las paredes están revestidas con estucos y cerámicas vidriadas, y en ciertas salas, con placas de piedra blanda con relieves. Estas son las más interesantes obras de la escultura asiria, en las que se representan millares de escenas de la vida del monarca. Sólo por excepción produjo la escultura asiria obras de bulto entero.

En las artes industriales la Asiria imita á menudo los modelos del Egipto.

BIBLIOGRAFÍA. — Un buen libro de conjunto es el tomo II de la *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, de PERROT y CHAPIER. — Sobre Khorsabad, las obras de BOTTA: *Monuments de Ninive*, 1850. — PLACE: *Nineve et l'Assyrie*. — Sobre Kuyundjick, LAYARD: *Nineveh and Babylon*, 1867. *Nineveh and its remains*, 1854. — Sobre el templo de Assur, ANDRAE: *Die Assur and Adad Temple*, 1907. — Sobre el cilindro de Senacherib, BOSCAWEN: *The making of Nineveh*, 1910. — Excelente es el *Guide to the babylonian and assyrian antiquities*, del Museo Británico, 1908.

REVISTAS. — *Beitrag zur Assiriologie*, Leipzig. — *Babyloniaca*, París. — *Recueil des travaux relatifs á la philologie et á l'archéologie égyptiennes et assyriennes*, París. — *Zeitschrift für assyriologie*, Estrasburgo. — *Proceedings of the Society of Biblical archaeology*, Londres. — *Revue d'Assyriologie*, París.



Fig. 182. — Terraza de Persépolis, con los palacios reales. (Dieulafoy).

CAPÍTULO VIII

EL ARTE EN LA PERSIA ANTIGUA. — LAS CAPITALES DEL IMPERIO
LOS PALACIOS DE PERSÉPOLIS. — SEPULTURAS REALES. — LA ESCULTURA Y LA PINTURA

La caída inesperada de Nínive, por la invasión de las hordas escitas, aniquiló en un momento el poder de Asiria, concentrado exclusivamente en la capital. El mundo oriental, no obstante, no podía vivir sin un señor. De momento, Babilonia y el Egipto restauraron sus antiguos imperios y hubo un verdadero renacimiento artístico en la Caldea, en tiempos de Nabucodonosor y de su hijo el piadoso Nabonnaid. En el valle del Nilo ya hemos visto la restauración del arte nacional por los príncipes saitas. Pronto el recuerdo de Nínive, con su imperio absoluto, debía despertar las concupiscencias del más fuerte. El nuevo señor, que los griegos llamaron *el gran Rey*, habitaría en las altas montañas de Persia, que por el Oriente cierran la Mesopotamia y por el Sur se extienden hasta penetrar en el mar.



Fig. 183. — Las ciudades de Persia antigua.

La formación del nuevo imperio fué rápida y sin dificultades; Asiria había acostumbrado á los pueblos á vivir en la esclavitud. De momento, las tribus medas, que descendiendo al llano, habían ayudado á los escitas á saquear é incendiar á Ninive, recogieron su parte de botín, y con ayuda del prestigio logrado, formaron el primer núcleo de un Estado conquistador. Más tarde, las principales familias persas, fuertemente agrupadas en torno de su primer monarca, *Ciro, el Fundador*, sojuzgaron á sus confederados los medos, y todo el Irán obedeció á una sola cabeza. Fácil era, pues, para la raza joven de la Persia, acabar con la efímera independencia de los antiguos reinos del decrepito mundo oriental. El hijo de *Ciro*, *Cambises*, humilló de nuevo al Egipto con la dominación extranjera; Babilonia y los Estados marítimos de la Grecia asiática eran satrapías persas; hasta la misma Fenicia, donde la dominación de Ninive no se hizo nunca efectiva, transmitió á la Persia en tiempo de *Darío* su soberanía marítima, y por primera vez los ejércitos asiáticos atravesaron los pasos del mar que separaban al Oriente de Europa.

Las dos primeras capitales del nuevo imperio fueron *Ecbatana* y *Pasargada*. *Ecbatana* fué la primitiva residencia de los reyes medos, y era natural que *Ciro* y sus sucesores tuvieran empeño en restaurar y habitar la misma capital de sus antiguos aliados. *Herodoto*, que la conoció sólo por referencias, hizo de *Ecbatana* una fantástica descripción que ha quedado como legendaria, insistiendo sobre sus siete reductos de murallas de distintos colores y con el pormenor de las dimensiones de cada uno. *Polibio*, por lo general tan exacto y preciso, describe más tarde el palacio real en éstos ó parecidos términos: «Aunque todo él haya sido construído de cedro ó de ciprés, en ninguna parte aparece la madera al descubierto; columnas, frisos y techos, todo está cubierto de metal; el oro y la plata brillaban por todos lados, hasta las tejas eran también plateadas.» Una sola base de piedra muestra hoy en la moderna *Hamadán* el lugar del emplazamiento de la *Ecbatana* antigua; las descripciones de los historiadores sirven, sin embargo, con las correspondientes reservas, para darnos idea de otros edificios más conocidos. Ellas enseñan, desde el primer momento, el gran papel que representaba en la arquitectura primitiva persa el material leñoso, tan abundante en la región. Más tarde, en *Persépolis*, las partes superiores de los edificios fueron siempre de madera.

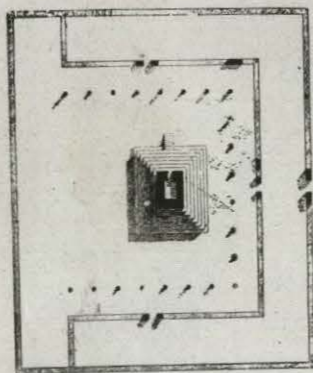


Fig. 184. — Planta del sepulcro de *Ciro*.

De *Pasargada* era originaria la familia de *Ciro* y allí habitaron también el fundador y su hijo *Cambises*. Sus ruinas, en el corazón mismo de la Persia, se encuentran todavía en las inmediaciones de *Aleged*, en una estrecha llanura rodeada de abruptas montañas y con desfiladeros fáciles de defender por cada lado. El camino de las caravanas atraviesa hoy aquella plataforma desnuda, donde se levantaba el palacio de los monarcas persas en *Pasargada*. Sólo alguna que otra columna medio destruída y el relieve que decoraba una jamba de alguna puerta, con el retrato de *Ciro*, subsisten entre las ruinas del palacio de los

primeros conquistadores. Su planta cuadrada debió tener, por lo que se puede adivinar, un pórtico de columnas á cada lado; las habitaciones estaban en los ángulos y la sala de recepciones era central, como veremos después en los grandes edificios reales de *Susa* y de *Persépolis*. El tipo de la columna podría ser ya también el que resulta tradicional de la arquitectura de los persas.



Fig. 185. — Sepulcro de *Ciro* en *Pasargada*. (*Dieulafoy*).

En cambio, en el mismo llano de *Pasargada*, otro monumento casi intacto muestra los ensayos de este arte persa ecléctico, que de todos los Estados vasallos, tomó elementos para sus edificios; nos referimos á la tumba de *Ciro*, que los primeros viajeros modernos identificaron ya con el mausoleo, descrito algunas veces en la antigüedad, y que *Alejandro* visitó y quiso restaurar religiosamente (figs. 184 y 185). Es un edículo funerario que se levanta sobre un pequeño basamento escalonado, cuya altura total no llegaría á once metros; su valor consistía principalmente en las reliquias que encerraba, con el sarcófago real del padre de los persas. La cámara tenía sólo unos tres metros de lado y estaba cubierta por un techo plano que se muestra al exterior en dos pendientes, lo que da al edificio un aspecto poco oriental, casi helénico. La puerta era doble y dispuesta ingeniosamente para que sólo pudiera entrar una persona, y aun cerrando tras de sí la primera puerta para poder abrir la segunda. El sepulcro estaba encerrado dentro de un recinto, con un pórtico del que se ven pocos rastros. Esta pequeña construcción singular no tuvo imitaciones en el arte persa; ya veremos después cómo los sucesores de *Darío* labraron sus sepulturas reales según otro tipo completamente nuevo y original. El sepulcro de *Ciro* tiene más relación con las típicas construcciones funerarias de la Lidia y demuestra que ya en tiempo del fundador se habían ido á buscar elementos en las provincias griegas del Asia. Más de un contacto hemos de ver que existió entre el arte persa y el arte griego; pero la Persia fué siempre, tanto en sus costumbres como en sentido estético, una monarquía oriental, y por esto su verdadero lugar es el de suceder y continuar la obra de Asiria.

La ruda *Pasargada*, que conservaba piadosamente los restos de *Ciro*, continuó siendo siempre la ciudad santa donde acudían á coronarse sus sucesores; pero la austeridad de su paisaje no convenía para la capital de un imperio, y *Darío* trasladó su residencia más al Norte, levantando otros edificios reales en una nueva capital donde pudieran instalarse los complicados servicios de la corte. De aquí el origen de *Persépolis*, en la que *Darío* no construyó más que dos ó tres edificios; pero sus descendientes se encargaron de enriquecerla con tal

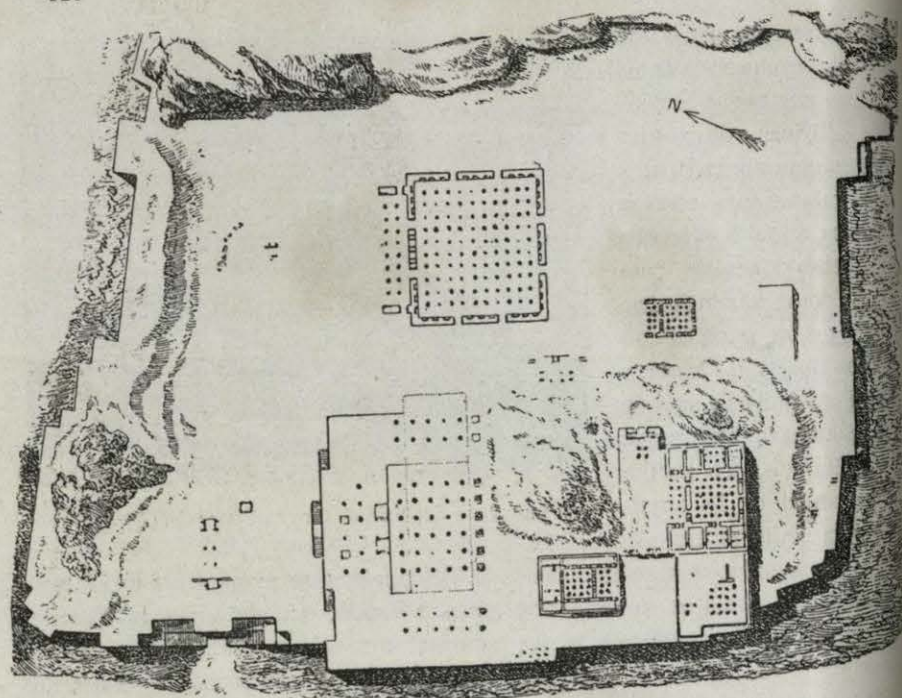


Fig. 186.—Planta de la terraza de Persépolis.

fastuosidad que hubo de quedar como proverbial entre los antiguos. Alejandro, por ejemplo, después de haber recorrido triunfalmente toda el Asia, quiso habitar esta terraza de Persépolis, que por tanto tiempo había sido la residencia del señor del mundo.

Más tarde, los reyes persas de las dinastías sasánidas, posteriores al desmembramiento del imperio de Alejandro, abandonaron los palacios de Persépolis y sus cubiertas leñosas fueron destruyéndose. La circunstancia de hallarse en el valle que cruza el camino de las caravanas, hizo que su ruina fuese más rápida, pero su emplazamiento siempre se ha conocido. Así, pues, su exploración no fué un verdadero descubrimiento, como el de los palacios de Nínive sepultados en las montañas de arcilla.

Desde fines del siglo XVIII todos los viajeros curiosos, al visitar la Persia, se interesaban por las ruinas de esta terraza de Persépolis, y por sus descripciones se puede comprender que la obra de destrucción ha ido acentuándose en estos últimos tiempos. Allí no había que esperar ninguna sorpresa de la excavación: las ruinas están en la superficie; sobre el nivel primitivo de la terraza se ven en pie todavía las gigantescas columnas de piedra (fig. 186).

El primero que trazó una planta científica é hizo detenido estudio de estos edificios reales, fué el francés Flandin, el mismo que tenía que substituir á Botta más tarde en las excavaciones de Nínive. Después de Flandin, otra comisión francesa, la de M. Dieulafoy, estudió en 1885 las ruinas, publicando las interesantes fotografías que son aún hoy el principal elemento de estudio para el arte persa. Dieulafoy, además de Persépolis, exploró otro edificio real del mismo

carácter en Susa, la capital del antiguo Elam, donde los monarcas persas tenían también un palacio. Después del libro de Dieulafoy, poco se ha dicho de nuevo sobre estas singulares construcciones de las dinastías aqueménidas. El arte persa fué siempre un arte puramente áulico ó dinástico; no hay restos de otras construcciones importantes, á excepción de las residencias reales. Esta circunstancia, y la de ser el terreno pedregoso poco á propósito para procurarnos las sorpresas que siempre proporciona una excavación, hace que se pueda considerar como agotado el tema arqueológico del arte persa.

Continuemos el estudio de las ruinas de Persépolis. La terraza donde están construídos los palacios es un vastísimo basamento que se extiende al pie de un acantilado de roca. En la cumbre de esta montaña, de difícil acceso, estaban los altares para el fuego sagrado, que era el culto de los persas. Son los únicos monumentos religiosos que se conservan de la Persia antigua. Las ruinas de los palacios reales, mutiladísimas, ocupan casi toda la gran terraza (fig. 186). La fotografía reproducida en la fig. 182 es una parte de la vista panorámica de la terraza, tomada desde el pie del acantilado. Es curioso observar que faltan en Persépolis murallas y restos de fortificación; los edificios están casi abiertos; hay que convenir en que *el gran rey* debía sentirse muy seguro en la capital de su imperio.

Se sube á la gran terraza por una escalera de doble rampa, decorada con relieves. A los pocos pasos, sobre el terraplén, se encuentran unos ricos propileos ó entradas monumentales con dos leones alados, elementos tradicionales de la decoración asiria, que Persia no hizo más que copiar, dándoles el mismo empleo de guardianes de sus fachadas (fig. 187). Estos propileos, que se hallan enfrente y en el mismo eje de la escalera, forman un pórtico abierto á cada lado, como un corredor, con cuatro columnas (fig. 188).



Fig. 187.—Propileos de Persépolis. (Dieulafoy).



Fig. 188. — Columna de los propileos de Persépolis.

piez impugnan decididamente esta hipótesis, dejando los pórticos aislados y la columnata también abierta, limitando á lo más su cuadro de columnas con las balaustradas de apoyo y las altas colgaduras (fig. 189).

Al lado de la sala hipóstila, otro edificio, destinado también seguramente á recepciones, era el llamado *Sala de las Cien columnas*, cuya disposición no deja lugar á dudas. En su fachada anterior, una galería doble, flanqueada por dos toros alados, hacía las veces de pórtico del edificio, constituido por una sala única; su techo plano descansa sobre las diez filas de soportes verticales. De las paredes que cerraban su recinto cuadrado no quedan en pie más que las puertas; una serie de nichos, en forma de ventanas ciegas, decoraban el muro interiormente. Estas puertas y ventanas simuladas eran de piedra; el resto del muro debió ser sin duda de ladrillo, según el estilo de Caldea y Asiria.

Los demás edificios están distribuidos sobre la terraza, sin obedecer á un plan de conjunto; son obras sucesivas construidas en diversas épocas. El primer monumento que, después de atravesados los propileos, debía presentarse á la vista del curioso espectador, era, volviéndose á la derecha, la gran sala hipóstila de Jerjes, de la que se levantan todavía trece columnas mutiladas, las mayores que se conservan en pie de los edificios de Persépolis. La sala hipóstila de Jerjes es aún hoy una de las naves más vastas que el hombre haya construido, sus columnas son casi tan altas como las que en Karnak forman la galería central, y supera en extensión á la obra de los Faraones. La superficie total que ocupa, entre pórticos y columnatas, pasa de mil metros, y la altura llega á veinte metros, sólo para la columna con capitel (fig. 189). La disposición era también extraordinariamente original; todo el edificio estaba levantado sobre un segundo basamento, sobre el nivel de la terraza, vastas galerías hacían las veces de pórtico en la fachada principal y las dos laterales, y en el centro una sala cubierta de columnas con el tipo más complicado del capitel persa. La restauración de todo el edificio se presta á algunas dudas. Mientras que los primeros exploradores, y también Dieulafoy, suponen que entre la sala interior y los pórticos exteriores existían muros de separación, Perrot y Chipiez impugnan decididamente esta hipótesis, dejando los pórticos aislados y la columnata también abierta, limitando á lo más su cuadro de columnas con las balaustradas de apoyo y las altas colgaduras (fig. 189).

Subsisten aún sobre la terraza de Persépolis restos de otros grandes edificios, que hay que suponer eran los palacios reales que servían de habitación. Uno de ellos es el primer palacio construido por Darío en la nueva capital y se halla inmediatamente detrás de la espléndida columnata de la sala hipóstila. El segundo palacio habitación fué construido por Jerjes, en el ángulo Sur de la terraza. Los dos tienen próximamente una misma planta, que era la que se adivina ya en el palacio de Ciro, en Pasargada: un recinto cuadrado con una sala mayor, con columnas en el centro, y las habitaciones á cada lado y en los ángulos.

Los muros serían regularmente de ladrillo, revestidos con decoraciones cerámicas; sólo las puertas y los nichos, distribuidos en el interior de las cámaras, eran de piedra, adornados con figuras y relieves (fig. 190). Las partes altas del edificio no hay duda que debían ser de madera; se han encontrado en los bloques los entalles con un perfil de molduras, donde se implantaría la construcción superior. En el pilar más á la derecha de la fotografía reproducida en la fig. 190, se advierte en la piedra el entalle donde se apoyaba la cornisa.

Es interesante ver sobre las puertas la gola invertida ó moldura egipcia; el eclecticismo de los persas se revela en esta acumulación de elementos asirios, como lo eran las terrazas del edificio, los toros alados, las piezas de cerámica, y un elemento tan característico de la construcción egipcia como es la gola invertida por remate (fig. 191).

Este tipo del palacio real persa, llamado *apadana*, se encuentra también en las ruinas de la famosa residencia de Susa, donde *el gran rey* tenía su corte durante el invierno. Susa, una de las ciudades más antiguas de la vieja Asia, había sido la primera capital del Elam, anterior á la hegemonía mesopotámica. Dominada sucesivamente por la Caldea y por la Asiria, los persas la ocuparon ya en sus primeras campañas de expansión, y sobre las antiguas ruinas en ella existentes, construyó Artajerjes II su palacio.

La planta, como ya hemos dicho, es la establecida en los palacios persas, pero en Susa el material principalmente empleado es el ladrillo. Sólo para la columna y el capitel los escultores de la *apadana* de Susa emplearon la piedra

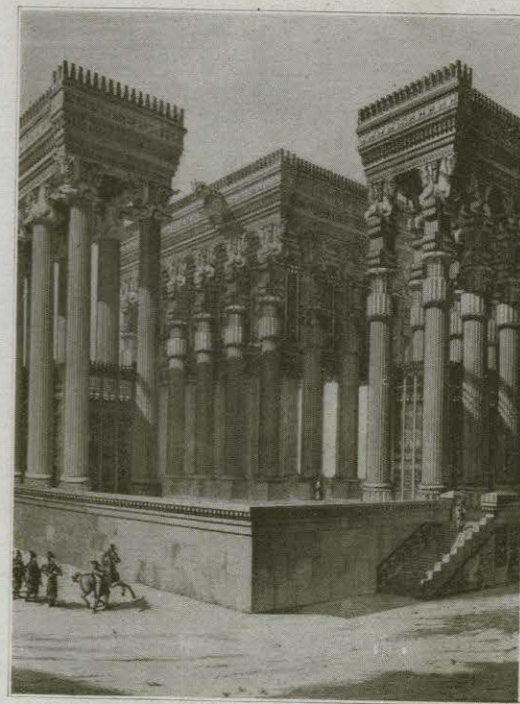


Fig. 189. — Restauración de la sala hipóstila de Jerjes en Persépolis. (Perrot y Chipiez).